

formado cuidadosamente de personas adictas al monarca; pero la masa del pueblo que se reunió fué tal, y la opinion general tan pronunciada, que bajo su presion fueron absueltos los acusados. Un júbilo inmenso llenó el aire; todo Londres se mostró regocijado y se iluminó por la noche toda la ciudad sin que fuera menester aviso previo. El entusiasmo se comunicó del mismo modo á todo el país. Toda la nacion, á excepcion de algunos contados fanáticos clericales, mas papistas que el Papa, se volvió á encontrar unida en la resolucion unánime de hacer resistencia al Estuardo Jacobo.

Este sin embargo, en el nacimiento tardío, atendida su edad adelantada, de un heredero que seria católico, vió nada menos que un aviso del cielo que le animaba á dejar á su sucesor un trono y una monarquía absolutos. En su consecuencia perseveró mas que nunca en su sistema errado, y aumentó su celo. Todos los sacerdotes, que eran 9,000, que no habian publicado desde el pulpito de su iglesia la declaracion de indulgencia, fueron citados ante aquella «comision eclesiástica suprema» para recibir el condigno castigo. Como el ejército inglés se dispusiera á hacer causa comun con la nacion, mandó llamar el rey diferentes regimientos irlandeses formados por Tyrconnel, y empezó á llenar al propio tiempo los regimientos ingleses con quintos de Irlanda; pero con esto llenó la copa de la paciencia inglesa hasta el borde, porque los ingleses veian en los irlandeses los enemigos natos de su raza, y los despreciaban por su rudeza, su suciedad y su miseria. En esta aversion y odio habia completo acuerdo entre los ingleses católicos y protestantes. Mas que todos, estaba indignado el ejército inglés.

Reunieronse los principales títulos del reino Tories y Whigs, es decir liberales y legitimistas ó moderados, é invitaron en julio de 1688 por escrito á Guillermo de Orange á acudir á Inglaterra con un cuerpo de tropas para salvar la constitucion y la religion. Otras personas notables enviaron escritos análogos al Haya, donde residia el príncipe. Este se hallaba en efecto dispuesto á cumplir el deseo del pueblo inglés; y aunque por lo comun lento y tardío en sus cosas, no lo era de ningun modo en momentos críticos y decisivos, en los cuales sabia tomar y ejecutar resoluciones supremas y audaces con toda la rapidez necesaria. Por otra parte tampoco era ya dudoso que para salvar la libertad de Europa de las asechanzas de Luis XIV habia que empezar por expulsar del trono al rey Jacobo; y era igualmente evidente que en el estado de los ánimos en Inglaterra, la nacion le destronaria aun sin el príncipe de Orange, que en este caso correria por su mera indolencia el peligro de ser olvidado en la eleccion del sucesor.

A todas estas consideraciones se agregaba que sus enemigos parecian empeñarse en allanar las muchas dificultades que podian oponerse á su empresa.

Como era de presumir, no se habia contentado Luis XIV con las ventajas que le concedia el armisticio de 20 años convenido con las otras potencias en agosto de 1684 en la ciudad de Regensburg, y no parecia sino que para él este tratado no era mas que una etapa para cometer nuevas tropelías. Con Luis XIV no habia trato formal posible, porque solo lo cumplia en cuanto le convenian. Los magnates y potentados del imperio alemán estaban ya indignados al ver proceder como soberano definitivo y absoluto en las comarcas y localidades que se le habian abandonado solo temporalmente, sin renunciar en ningun modo á los derechos que sobre ellas tenia el imperio; pero no contento con esto, instigado por Louvois cuyo afán por la guerra y las conquistas era insaciable, promovió nuevas pretensiones.

Habia fallecido el último príncipe elector del Palatinado,

de la línea de Simmern, en mayo de 1685, debiendo sucederle en este país hermoso y rico, aunque muy fraccionado, así como en la dignidad de elector del imperio, la línea segunda llamada de Pfalz-Neuburg. Al momento se presentó Luis XIV reclamando una gran parte del Palatinado rhiniano, con los pueblos de Simmern, Lautern, Sponheim y Germersheim, parte en calidad de feudos de hembras, parte como propiedad de la línea Simmern, en representacion de su cuñada Isabel Carlota, hermana del difunto elector y por cierto princesa muy ajena á semejantes pretensiones por ser buena patriota alemana.

La nueva actitud del insaciable monarca francés produjo en Alemania grandísima indignacion é inquietud, apoyadas por un sentimiento de independencia y de fuerza á consecuencia de las últimas victorias sobre los turcos, á las cuales habian contribuido los muchos miembros del multi articulado cuerpo del imperio. Federico Guillermo de Brandeburgo que habia ayudado noblemente al emperador contra los turcos, estaba contento al ver que se acercaba una época nueva y favorable para la Alemania y la Europa; en vista de lo cual no titubeó en dejar su alianza con Francia y firmar en cambio otra muy intima con el emperador en el mes de marzo de 1686 en su propia capital de Berlin. En la parte pública de este tratado solo se obligaba á auxiliar al emperador contra los infieles; pero en los artículos secretos añadidos al convenio se obligó á defender la integridad del imperio y la Flandes española contra los ataques del rey de Francia. Jamás se habia visto en Alemania tanta unanimidad y concordia como entonces, y así fué que muchos otros potentados imitaron el ejemplo del de Brandeburgo, y hasta el elector de Baviera, partidario constante de Luis XIV, no pudo resistir á la corriente general. En 10 de julio de 1686 firmaron en Augsburgo un tratado de alianza contra cualquiera que turbara la paz y faltara á los tratados internacionales, los potentados mas notables del imperio: toda la casa de Sajonia, la de Baviera, la de Nassau, los güelfos (Hannover, Brunswik, etc.), la Franconia, el rey de España por sus posesiones en los Países Bajos y el de Suecia por sus territorios comprendidos en el imperio. Claro está que esta liga iba dirigida contra Luis XIV, porque ¿qué otro enemigo habria hecho necesaria la formacion de un fondo comun, y la prevencion de fijar de antemano los contingentes armados que cada parte habia de aportar?

Luis XIV lo sabia muy bien y levantó con arrogancia el guante que se le arrojaba. El convenio firmado por Alemania estaba perfectamente justificado por ser en primer lugar puramente defensivo, y además negocio interior, de familia entre los miembros de un mismo imperio, sin participacion de ninguna potencia extranjera, porque las que lo eran, solo entraban en el tratado por los territorios que formaban parte del imperio. Mas para la petulancia insolente é iracunda de Luis XIV bastaba que hubiese quien se atreviera á organizar una resistencia á sus desmanes y arbitrariedades. Era ya para él una insolencia y un ultraje que sus enemigos se atrevieran á concertar una defensa comun contra sus ataques. De ahí que los ministros y embajadores del gran rey se mostraran de repente poseidos de una ira feroz. Louvois se esforzó por demostrar á su soberano que no debía dejar pasar sin correctivo semejante injuria, y fué naturalmente escuchado. Luis se declaró amenazado y en su consecuencia levantó acto continuo fortificaciones en territorio del imperio, como cerca de Huninga en Baden y en Trarbach á orillas del Mosela, donde construyó un fuerte en medio de los electorados rhinianos.

Al propio tiempo que realizaba estas nuevas extralimitaciones é infracciones, celebró un tratado con la Sublime

Puerta, por el cual quedaron excluidos los holandeses del comercio con el imperio turco, y mandó una escuadra en frente de Cádiz con la amenaza de tratar á esta gran plaza marítima como habia tratado á Génova si el gobierno español no concedia ciertas ventajas mercantiles excepcionales al comercio francés. No pareciéndole esto bastante, suscitó simultáneamente un nuevo conflicto al papa Inocencio XI, porque este tenia la laudable intencion de anular los llamados fueros de los embajadores extranjeros acreditados cerca de su persona, y que consistian en la exclusion de la policia pontificia de los terrenos en que tenian los embajadores su morada, la cual quedaba trasformada con los tales fueros en asilo y madriguera de ladrones, asesinos, contrabandistas y jugadores. Todos los soberanos católicos reconocieron la grandísima utilidad y conveniencia de esta alteracion; el único que se opuso fué Luis XIV, diciendo que jamás se habia regido por el ejemplo de otros, sino que muy al contrario, Dios le habia colocado en su puesto para servir de ejemplo á los demás y no para recibirlo de ellos. Cuando el Papa, no obstante, pasó adelante en su propósito, el rey cristianísimo en noviembre de 1687 envió al marqués de Lavardin, pisaverde descocado, como embajador á Roma, el cual se rodeó en su palacio con 1,200 individuos, entre soldados y agentes, para defender con las armas el derecho de asilo de la embajada; y además amenazó Louvois al Papa con la anexion de Aviñon y en caso necesario con una expedicion de fuerzas á Roma.

Así creció la indignacion contra la Francia en todos los países, y el príncipe de Orange aprovechó tan propicias circunstancias para enganchar tropas y emprender la expedicion que proyectaba á Inglaterra. En este trabajo le auxilió mucho el mariscal francés Schomberg, refugiado en Holanda, y además le prometieron su apoyo y auxilio los soberanos de Brandeburgo y de Sajonia, los de la familia güelfa y aun la Suecia. La indignacion general contra la Francia era una garantia de que ninguna potencia católica tomara partido por Luis XIV. Murió por entonces, el 9 de mayo de 1688, el gran elector de Brandeburgo; pero su sucesor Federico III se apresuró á confirmar al príncipe Guillermo la promesa de auxilio.

Hasta aquí todo iba bien, pero faltaba vencer todavía un obstáculo, que era la resistencia de la aristocracia holandesa, que volvia á imperar en su país; y aunque ya no era tan ciega partidaria como antes de los monarcas de Francia y de Inglaterra, se habia opuesto á los planes de Guillermo á la primera indicacion que le habia hecho de ellos. Al fin ya daban indicio sus miembros de un cambio de opinion, bajo la presion del clamoreo general que excitaban las tropelías políticas y religiosas de Luis XIV, cuando el mismo rey de Inglaterra, en su estúpida ceguera, vino al auxilio de su contrario, yerno y competidor, reclamando con altanería la vuelta inmediata de los seis regimientos ingleses que habia dejado á sueldo de la Holanda. Los holandeses se negaron á cumplir una orden tan soberbia y perentoria, y en cambio aprovecharon el insulto para eliminar de aquellos regimientos á todos los oficiales que no parecian francamente protestantes y de confianza. Contestó á esto Jacobo llamando bajo penas severísimas á todos sus súbditos que estaban al servicio de las Provincias Unidas de Holanda. Esto y ciertas dificultades marítimas que entre ambas naciones se habian suscitado acabaron por excitar completamente contra el rey Jacobo á los gobernantes holandeses, los cuales dejaron entonces que Guillermo hiciera sus preparativos militares y marítimos sin embargo antes de permitirlos oficialmente quisieron aguardar á ver si los grandes preparativos militares que á la sazón hacia tambien Luis XIV iban dirigidos contra

ellos. Pronto se convencieron de que nada tenian que temer por este lado; muy al contrario, no disgustaba á Luis XIV que entre Holanda é Inglaterra hubiese una guerra, que á su entender debia ser larga é inutilizaria de consiguiente para mucho tiempo las fuerzas de ambos países. Como por otra parte la tormenta no tardó en descargar en otra direccion, se tranquilizaron los gobernantes de la república.

Mientras todos los potentados de Alemania se agrupaban al rededor del emperador para defender el país contra la tiranía inaguantable de Luis XIV, formaba excepcion uno solo de estos miembros del imperio, que se mantenía firme al lado del déspota francés: era el prelado elector de Colonia Maximiliano Enrique, dominado completamente por su canónigo y ministro, el traidor Guillermo de Furstenberg, por la gracia del rey francés obispo de Estrasburgo y cardenal. Este individuo ambicioso habia llenado el cabildo de la catedral de Colonia con sus parciales, subvencionados además como el mismo Furstenberg y hasta como el príncipe elector por el gobierno francés, que tenia el mayor interés en conservar estas amistades, porque el territorio de Colonia dominaba todo el Bajo Rhin y separaba las fuerzas imperiales de los Países Bajos españoles. A fin de asegurar su influencia en aquella corte en el caso de fallecer repentinamente el anciano elector, Luis XIV le habia persuadido, y decidido al cabildo en enero de 1688 á nombrar coadjutor durante la vacante y por la misma razon sucesor probable al cardenal Furstenberg, no obstante todos los consejos en contra del emperador y del Papa.

Murió Maximiliano Enrique cinco meses despues de tomar estas precauciones, y desde aquel momento Luis XIV, el cardenal y sus partidarios y secuaces, pusieron por obra todos sus recursos para activar la eleccion formal y definitiva del candidato, porque como este ya era obispo en otra parte, en Estrasburgo, no bastaba para la legalidad de la eleccion la mayoría absoluta de los votos del cabildo, como en casos comunes, sino que se necesitaban las dos terceras partes de todos los votos. El emperador por su parte no se durmió é hizo todos los esfuerzos para impedir la eleccion de Furstenberg proponiendo en su lugar á José Clemente, hermano menor del príncipe elector de Baviera, y logró en efecto ganar votos suficientes para que el candidato del rey de Francia saliera solo con la mayoría absoluta de un voto, es decir, teniendo en su favor 13 de los 24, en la eleccion verificada en 19 de julio de 1688. De los restantes miembros votaron 9 en favor de José Clemente. Con el auxilio de la influencia de Holanda y de Brandeburgo fué eliminado tambien Furstenberg de entre los pretendientes para las mitras de Lieja, Munster é Hildesheim que habia dejado tambien vacantes el que las poseia, que era el mismo Maximiliano Enrique de Colonia.

No teniendo ninguno de los dos pretendientes á la metropolitana de Colonia la mayoría necesaria, pertenecia la decision suprema al Sumo Pontífice Inocencio, que se puso contentísimo de tener por fin una ocasion para vengarse del rey Luis por los muchos ultrajes que desde una serie de años le habia hecho. Desechó pues las pretensiones de Furstenberg y reconoció á José Clemente por príncipe elector y arzobispo de Colonia.

Este suceso fué la señal de la explosion del conflicto europeo que desde tanto tiempo amenazaba estallar. No habia que pensar que Luis XIV se conformara con la decision del Papa; ya porque le habia de parecer como una mengua insoportable de su autoridad, sobre todo siendo obra de la Santa Sede, ya porque no le convenia renunciar al territorio de Colonia, tan importante en la guerra que se preparaba.

Empezó, pues, por enviar al Papa un manifiesto violento.

simo, declarándole su enemistad y haciéndole responsable de la sangre que por este motivo se vertiera, y al mismo tiempo siguiendo la ya añeja costumbre hizo ocupar militarmente el condado de Aviñon, perteneciente á la Santa Sede, bien que enclavado en Francia, y cuyos obispos fueron tratados como criminales. Luego declaró nula la eleccion y la decision del Papa contra Furstenberg, declaracion con la cual se conformaron el parlamento de París y los no menos serviles prelados franceses, apelando á un concilio general.

Sin embargo todo esto era solo el preludio de la accion principal que tenia preparada Luis desde mucho tiempo, y que consistia nada menos que en hacer la guerra á toda la Alemania junta. Luis XIV queria en primer lugar demostrar que la emigracion protestante no habia disminuido en nada el poder de la Francia como sus enemigos pretendian; en segundo lugar castigar á la Alemania por el atrevimiento de haber hecho una alianza ofensiva contra sus ataques, tropelías y caprichosas arbitrariedades, y en tercer lugar detener la carrera victoriosa de las armas imperiales en Oriente, las cuales estaban á punto de vencer definitivamente y arrojar al otro lado del Bósforo á los turcos, fieles aliados de Luis, aunque en los documentos oficiales no los calificaba así sino á su manera hipócrita como enemigos eternos de la cristiandad.

En 1685 el general en jefe de las tropas imperiales, el duque Carlos de Lorena, venció á los turcos en batalla campal y reconquistó la importante fortaleza de Neuhaensel, mientras otro ejército imperial hacia grandes progresos en la Hungría Alta rebelde y reconquistaba sus capitales Kaschau y Eperies. Estas pérdidas despertaron la sospecha de la Puerta contra el jefe de los sublevados húngaros Tököly, que fué llevado cargado de cadenas al interior de Turquía; y aun cuando fué puesto en libertad al año siguiente, ya se habia disuelto su partido, y pasado en su mayor parte al emperador. Entre tanto las tropas de este último unidas á las del imperio en número de casi 100,000 hombres, bajo el mando del duque de Lorena y del príncipe elector, pusieron sitio á la ciudad de Ofen, capital de toda la Hungría. Su guarnicion, de solos 10,000 hombres, se defendió con un heroísmo admirable, que costó muchísimas pérdidas á los sitiadores; pero finalmente hubo de sucumbir y en el mes de setiembre de 1686 fué tomado el castillo á costa de rios de sangre despues de haber estado 150 años en poder de los turcos. Este triunfo tuvo una gran resonancia en toda la Europa, y mas cuando la toma de Szegedin coronó dignamente la campaña del mismo año. No menos favorable fué la del año siguiente; porque en agosto de 1687 el duque de Lorena derrotó tan completamente al ejército turco mandado por el gran visir cerca de Mohacz, que aquel ejército se amotinó y promovió un cambio de dinastía en Constantinopla. Con esto faltó la direccion y quedaron paralizadas las fuerzas turcas permitiendo á las imperiales sacar todo el provecho posible de sus victorias. En efecto conquistaron entonces toda la Eslavonia con Esseg su capital; luego sometieron en pocas semanas la Transilvania y se apoderaron de Erlau y Munkacz en la Hungría Alta, últimos puntos de apoyo de los rebeldes. Antes de acabar el año quedó completamente reconquistada la Hungría, cosa que los Habsburgos miraban como empresa irrealizable desde siglo y medio.

Este brillante resultado debió Leopoldo á la cooperacion generosa de Alemania, que sin miras egoistas sirvió esta vez llena de entusiasmo á su jefe electivo.

En tal estado fué cuando Luis XIV creyó llegado el momento de oponerse á los progresos ulteriores de las armas imperiales, las cuales una vez hecha la paz, que los turcos estaban solicitando, se habrian dirigido indudablemente al

Occidente, y victoriosas y aguerridas como estaban, habrian sido un inmenso peligro para la Francia. Era preciso evitar semejante eventualidad.

Furstenberg primero como coadjutor y luego como arzobispo á la fuerza, se habia apoderado del principado y arzobispado con sus plazas fuertes de Bonn, Neuss y Kaiserswert, donde entraron en setiembre de 1688 tropas francesas para guarnecerlas. Solo la rápida llegada de una division brandeburguesa salvó la capital y ciudad libre de Colonia.

Además, el 25 del mismo mes y año un gran ejército francés, dispuesto ya un mes antes, penetró en el Palatinado y puso sitio á la plaza fuerte imperial de Philippsburgo. Despues de haber realizado estas bárbaras invasiones publicó la Francia un manifiesto, en el cual con increíble descaro culpó á los alemanes de haber provocado el rompimiento de las hostilidades con su actitud ofensiva, y les fijó el plazo de tres meses para reconocer el armisticio de Regensburg como paz definitiva.

Semejante desfachatez y abuso de la fuerza excitaron un grito de indignacion en toda la Europa, y determinaron á las grandes potencias á oponer una valla definitiva á las jamás interrumpidas tropelías, insolencias y deslealtades del rey de Francia. Esta vez habia errado Luis XIV su cálculo, si creyó segun su costumbre intimidar á la Europa con sus nuevos actos de violencia. La Holanda sobre todo no podia consentir que la Francia se estableciera cabalmente en el punto mas vulnerable de sus fronteras; bien que la invasion del Palatinado en el Alto Rhin le quitó el temor de verse atacada por lo pronto directamente.

En todos estos sucesos se habia puesto Jacobo II abierta, enérgica y públicamente del lado del cardenal Furstenberg, haciéndose voluntaria y descaradamente blanco de la execracion de toda la Europa como sayon del déspota francés, cuyas empresas todas iban dirigidas contra la libertad é independencia de todo el mundo.

A fines de setiembre autorizó el gobierno de las Provincias Unidas de Holanda la empresa de Guillermo de Orange, el cual recibió muchas felicitaciones y adhesiones de la misma Inglaterra.

No faltaron en cambio avisos urgentes á Jacobo II que de diferentes lados se le enviaron aconsejándole que tomara disposiciones eficaces; ofrecióle Luis XIV hasta la mitad de su escuadra para rechazar el desembarco del príncipe de Orange; pero Jacobo, ufano de la conducta leal del partido tory en la invasion de Monmouth, creyó que en el momento decisivo podria contar con aquel partido, así como con su numeroso ejército y hasta con los no conformistas, ya por él tolerados y protegidos. Por tanto, habiéndole pedido el rey de Francia en cambio de su auxilio contra el príncipe de Orange la cooperacion de Inglaterra para la guerra de Alemania, rechazó el ofrecimiento, ya para no aumentar con semejante paso la hostilidad de sus súbditos contra él, ya porque creyó que los avisos y ofrecimientos de Luis XIV eran una aňagaza para complicarle en una lucha en que nada tenia que ver.

Verdad es que á pesar de esta negativa de Jacobo, Luis XIV debia haber salvado á los Estuardos aun contra su voluntad con un ataque sobre la Holanda, por exigirlo así su interés propio; pero esta vez los consejos de una política prudente ahogaron la ira que causaron en su ánimo la inesperada unidad y el patriotismo de los potentados alemanes. Contentóse con declarar la guerra al Papa, al imperio alemán y á la Holanda; pero como no tenia tropas disponibles para atacar tambien á esta última, no hizo mas que facilitar indirectamente la empresa del príncipe Guillermo.

Vientos contrarios que impidieron durante largo tiempo el embarque pusieron á prueba la paciencia del príncipe; pero al fin salió á la mar con 600 naves en 12 de noviembre de 1688; logró evitar un encuentro con la escuadra inglesa, encuentro que habria causado una penosa impresion en Inglaterra, y tomó tierra á los pocos dias en la bahía de Torbay en el Devonshire, en el Mediodía de Inglaterra. Allí publicó un manifiesto en el cual declaraba que solo iba para poner la suerte del país en manos de un parlamento legal y libre, en vista de los actos de violencia despótica del rey.

La posicion de este no tenia nada de desesperada. Podia oponer á los 14,000 hombres de Guillermo 40,000 de tropas regulares y además las milicias de los condados, especie de guardia nacional organizada militarmente. En seguida hizo todo cuanto pudo para reconquistar la simpatía de sus súbditos, anulando la mayor parte de las disposiciones que de tres años á aquella parte habian encontrado resistencia y oposicion: pero tales concesiones á última hora no le ganaron un solo amigo ni engañaron á nadie, ni sirvieron mas que para patentizar la inquietud y cuidado del rey, que en este como en sus demás actos puso en evidencia su completa incapacidad tanto en política como en estrategia militar. En lugar de atacar al enemigo con sus fuerzas, tan inmensamente superiores, antes de que recibiese auxilio de la poblacion, estuvo inactivo hasta que todos los descontentos cobraron bastante ánimo para acudir y unirse, en masas cada dia mas numerosas, al príncipe Guillermo. El contagio se comunicó al ejército, porque si bien solo se declararon por Guillermo 500 hombres de la clase de tropa, en cambio la mayor parte de los jefes y oficiales tomaron el partido del invasor. Guillermo tuvo el tacto de oponer en los primeros encuentros sus dos regimientos ingleses á los irlandeses de Jacobo; de suerte que las pequeñas ventajas que alcanzó halagaron el sentimiento nacional inglés, y la consecuencia fué que de todos lados se le unieron la nobleza y los propietarios rurales independientes, y finalmente hasta la hija segunda del rey, la princesa Ana y su esposo el príncipe Jorge de Dinamarca.

Los altos miembros del consejo secreto ó real no sabian aconsejar al rey mas que la rendicion completa; pero él, al ver que todos sus planes se habian frustrado para siempre, que tenia contra sí el 99 por ciento de sus súbditos y que en el ejército solo podia contar con unos pocos miles de irlandeses, no se sintió con fuerzas para someterse á sus contrarios á quienes tanto odiaba y á quienes por tanto tiempo y tan cruelmente habia tiranizado, y prefirió huir á Francia á fin de privar á la Inglaterra de su autoridad legal y abandonarla, á su modo de ver, á la anarquía y al caos en justo castigo de su desobediencia. Al querer embarcarse fué conocido y preso por varios pescadores, y conducido de nuevo á Londres, donde ya no pudo rehabilitarse en la consideracion de la nacion, antes bien todos quisieron verle muy léjos. Así, pues, expresamente se le dió ocasion de huir otra vez, y lo hizo sin ser molestado, á últimos de diciembre de 1688. Dirigióse á Francia, donde fué recibido con grandes honores por Luis XIV que le alojó y mantuvo con brillante liberalidad en el palacio de San German en Laye.

Tan atenta hospitalidad era en realidad interesada, porque Luis pensaba servirse de su huésped como instrumento de intranquilidad para la Inglaterra, como que sus agentes eran los que mas le habian aconsejado que huyese á Francia, y el mismo Luis habia ordenado detener á la fuerza á la reina y su pequeño hijo el príncipe de Gales que habian pisado el suelo francés antes de Jacobo, en el caso de que quisiesen volverse á Inglaterra ó pasar á otra parte. Así se portaba Luis XIV con su aliado!

Por segunda vez, y esta para siempre, habia concluido el dominio de los Estuardos en Inglaterra, y con su expulsion quedó definitivamente decidida la victoria de la libertad individual y civil sobre el absolutismo monárquico en aquel país. Este cambio tan radical, que los ingleses suelen designar con el nombre de «la revolucion gloriosa,» apenas costó una sola gota de sangre. Gloriosa fué en sus resultados para los ingleses, pero estos apenas tuvieron parte en la gloria de la realizacion de tan grande obra, porque ningun inglés tuvo en ella un papel principal; á quien cupo esta gloria fué á Guillermo de Orange, á los holandeses y á los principales soberanos de la Alemania del Norte que facilitaron tropas y oficiales. Tambien se debió en gran parte el resultado á la súbita cobardía y extraordinaria torpeza que mostró Jacobo II. Mas una gloria y no pequeña cabe á los ingleses en esta revolucion, y es su inflexible espíritu de orden, de observancia de la ley, y la moderacion con que impidieron toda clase de desmanes y excesos, toda reaccion sangrienta contra los opresores vencidos y finalmente todas las tentativas de radicalismo demagógico. Los jefes y directores del pueblo inglés procedieron con calma, energía y prudencia en el trabajo que les encargó la revolucion, á saber: el de aprovechar la victoria alcanzada con el auxilio extranjero, para garantizar la libertad; no una libertad ideal ó fantástica, sino conforme al antiguo espíritu nacional y sobre la firmísima base de la historia del pueblo inglés. El mérito del príncipe Guillermo de Orange estriba en que ajeno á toda presuncion así como á toda ambicion de gloria, se mantuvo reservado y modesto, contentándose con ponerse á disposicion de la nacion inglesa.

Como no habia rey ó verdadero jefe reconocido con autoridad para convocar el parlamento, llamaron los titulos que formaban la cámara de los lores, á los miembros de la de los comunes tal como estaba constituida la última reunida en tiempo de Carlos II, y entre ambas cámaras convinieron en entregar interinamente la administracion del país al príncipe Guillermo. Este recibió y cumplió el encargo de convocar al cuerpo electoral para que eligiera «Convencion» ó sea asamblea constituyente. Elegida la convencion, esta declaró que habiéndose fugado del reino el rey Jacobo, habia renunciado implícitamente á la corona y que de consiguiente el trono estaba vacante. Despues de esto, redactó la asamblea un documento que llaman en Inglaterra «la declaracion de los derechos», en el cual enumeró todos los derechos y fueros del pueblo inglés, diciendo al final que prometiendo y jurando respetarlos y cumplirlos, y solo con esta condicion, serian elegidos reyes de Inglaterra Guillermo y María, príncipes de Orange. Hecho este pacto aceptaron los dos la corona en 23 de febrero de 1689.

De este modo fué por primera vez declarado el derecho del trono ó del monarca subordinado á los derechos del pueblo en Inglaterra. No se menciona en esta declaracion ni una sola vez la palabra soberanía del pueblo, pero no por eso deja de aparecer en cada artículo, y con ella la preponderancia de la opinion pública, de su representacion, del parlamento sobre la corona. En estas condiciones era imposible que el monarca, dependiendo en todo de la representacion nacional, en los presupuestos, en el cupo militar, y en una palabra en toda clase de recursos, tratara de oponerse seriamente á ninguna de las resoluciones solemnes del parlamento. A lo mas viene á ser el rey desde entonces la cabeza, el jefe del poder ejecutivo, pero bajo la vigilancia y presion del poder legislativo, del cual el rey solo participa ya nominalmente.

De este modo se transformó la Inglaterra de monarquía constitucional con poder real circunscrito, en un Estado

governado por los representantes del pueblo, en una república aristocrática con un presidente cuyo cargo es hereditario y lleva el título de rey, pero con menos poder que suelen tener los presidentes de república usuales, porque estos son también elegidos del pueblo, y como tales es individual su carácter y su papel en las asambleas procedentes de los mismos electores, mientras el rey es en Inglaterra solo un símbolo. Acabó de desarrollarse y perfeccionarse este sistema en el siglo siguiente, pero su base fundamental fué la «revolucion gloriosa» de 1688. Después el sistema de gobierno parlamentario de Inglaterra ha sido el ejemplo y el patron para todas las demás naciones del continente, y por esto ocupa en los anales de la historia de la humanidad un puesto distinguidísimo, y ha dado y dará lugar á consecuencias que no se ciñen ya á los límites estrechos de Inglaterra, ni á los de Europa.

Además de esta inmensa significacion general, tenía la revolucion política de Inglaterra otra muy importante é inmediata.

Con aquel cambio radical quedó destruido el lazo de amistad que desde 30 años antes unía á este país con la Francia, y se colocó la Inglaterra de repente en el puesto que naturalmente le correspondía, en la primera fila de la raza germánica en la lucha contra la opresion y preponderancia de la Francia. Cabalmente entonces tenía Inglaterra á su cabeza al mas decidido enemigo de Luis XIV y de sus proyectos de dominacion universal que desde aquel momento podian considerarse desbaratados.

No hay que olvidar, en efecto, que ya en la primera coalicion solo logró Luis vencer á sus adversarios por la oculta amistad que mediaba entre él y Carlos II, y que la sola sospecha de que ingresara la Inglaterra en la coalicion, había sido suficiente dos veces, en 1668 y 1678, para que retrocediera el rey de Francia. La rapidísima victoria del príncipe Guillermo le consternó pues completamente, y con mucha razon, porque las consecuencias de este suceso se hicieron sentir muy pronto. En Viena, en Madrid y hasta en Roma todo fué júbilo, aunque ni el emperador ni el Papa habían sabido nada de la empresa de Guillermo hasta verla consumada y vencedora; todos incluso la asamblea de los magnates católicos, reunida en Regensburg, saludaron la caída de Jacobo II como su salvacion, y las voces que aquí ó allá se declararon contra la subida de Guillermo de Orange al trono desde el punto de vista religioso y legitimista quedaron pronto reducidas al silencio.

El nuevo rey decidió á la cámara de los comunes á hacer á la Francia una declaracion de guerra, y apenas se supo en Holanda, cuando la asamblea general de sus provincias, segura ya del auxilio inglés, firmó en 12 de mayo de 1689 una alianza ofensiva y defensiva con el emperador, con el objeto principal de restablecer los tratados de paz de Westfalia y de los Pirineos. En esta alianza no ingresó Guillermo de Orange sino hasta setiembre de 1689; pero en la primavera del mismo año habían declarado ya la Inglaterra y la Holanda por su cuenta la guerra á la Francia. En fin, la segunda coalicion grande y extensa contra la Francia estaba creada, en gran parte, por obra de Guillermo de Orange, que lleno de júbilo, al saber que el parlamento le votaba los recursos necesarios para la guerra contra el enemigo comun, exclamó: «¡Hoy es el primer dia de mi reinado!» y tenía razon, porque había llegado al blanco de los deseos de toda su vida, y porque Luis XIV ya no tenía enfrente de sí uno ó dos enemigos sueltos, sino toda la Europa.

La dificultad para los aliados y la ventaja para Luis era que aquellos no podian organizar una direccion única y enérgica, y este sí, por lo cual había podido hacer sus grandes y

pequeñas sorpresas con precision y éxito matemáticos, como la que hizo á Holanda en 1672. A la sazón sucedía lo mismo. Al principio realizaron las tropas francesas conquistas rapidísimas á costa de sus contrarios, nada preparados. En pocos dias se apoderaron de todas las plazas fuertes, sitiadas simultáneamente, del Palatinado rhiniano, con excepcion de Philippsburgo que resistió valerosamente al príncipe heredero de Francia, y fué menester toda la ciencia de Vauban, que acompañaba al delfín, para reducir la guarnicion despues de cuatro semanas de asedio á la capitulacion que le fué concedida con todos los honores. Fuera de este caso, no supo nadie resistir á los franceses. Maguncia, baluarte del Rhin central, defendida pocos años antes por fuertes bastiones, fué entregada cobardemente por su príncipe elector, sin disparar un solo tiro, al mariscal Boufflers. El príncipe elector de Tréveris, al saber la aproximacion de los franceses, huyó á toda prisa, y la ciudad abrió naturalmente sus puertas. Jamás se puso tan en evidencia como entonces el inconveniente de que fueran prelados los príncipes que estaban encargados de defender las fronteras occidentales del imperio. Con excepcion de Colonia y Coblentz, dominaron entonces los franceses todo el Rhin, desde Basilea hasta Wesel, incluso su gran afluente el Neckar.

Es seguro que los enemigos de Francia, desalentados por las victorias del veloz enemigo y por su propia torpeza, se habrían retirado como cuatro años antes, si no les hubiese animado esta vez la revolucion inglesa que acabó por reducir á la Francia á la defensiva.

Impercedera, sin embargo, es la gloria de este último país cuando atacado por toda la Europa occidental y central, se defendió, asombrando al mundo con la abundancia de sus recursos, las dotes militares de sus habitantes y el brillante talento de sus generales. En cambio, hay que tener también presente que el emperador de Alemania tenía á la sazón sus mejores tropas ocupadas contra los turcos sin medio de distraerlas, de modo que solo tenían que luchar contra los contingentes menores, pequeños y pequesísimos respectivamente, de los diferentes potentados del imperio de tercero, cuarto y último órden. No cesaron la Inglaterra y la Holanda de instar al emperador para que hiciera la paz con los turcos, á fin de reducir primero al enemigo mas temible, el francés; pero todo fué en vano; Leopoldo II prefirió coger laureos fáciles y hacer conquistas que podia igualmente hacer despues, á la gloria de unir sus fuerzas á las de otros y vencer de una vez al peor enemigo del imperio. Este egoismo, esta vanidad y obcecacion del emperador, poderoso auxilio para Luis XIV y contra la misma coalicion, fueron tanto mas vituperables cuanto que el emperador debía al auxilio desinteresado de los potentados alemanes haberse salvado con su país de los turcos, haber reducido á éstos á la defensiva y haber hecho conquistas con las tropas imperiales.

CAPITULO II

LUIS XIV LLEVA VENTAJA Á LA COALICION

Cuando el ministro director de la nacion francesa conoció los peligros que con su brutal conquista del Palatinado había suscitado contra su país, era tarde; pero no por esto dejó de arbitrar recursos para hacerles frente, recursos extraordinarios y desconocidos hasta entonces. Armó 50,000 hombres sacados de las poblaciones marítimas para defender las costas contra los ataques de las fuerzas inglesas y holandesas; obligó á la nobleza á montar á caballo y defender como en la Edad Media á su señor feudal; la marinería, que había cumplido sus años de servicio, fué llamada de nuevo á los

buques de guerra; repartió patentes de corso contra los buques mercantes ingleses y holandeses, y entonces el famoso Juan Bart de Dunquerque se hizo muy pronto el modelo de estos piratas, con permiso superior. Mas para todo esto eran menester fondos, que no había medios de reunir por las vías usuales, pues que ya no bastaban para suplir las demás atenciones del gobierno; y aunque se emprendieron las acostumbradas excursiones de rapiña en los países vecinos sin esperar la primavera, no dieron bastante para llenar las arcas reales. Acudióse á los empréstitos; pero en aquellos tiempos no estaba aun suficientemente desarrollado el crédito público, y la Francia estaba además muy desangrada, para que este remedio hubiese podido llenar el vacío. En este apuro echóse mano del recurso mas fatal: la venta de los empleos. A este fin se crearon innumerables destinos nuevos, pagándose algunos hasta 1.140,000 pesetas de nuestra moneda, cuya suma, amén de los beneficios, tenían naturalmente los compradores autorizacion para cobrarse del pueblo maltratado é infeliz.

Muy pronto se convenció Louvois de que por grandes que fuesen sus armamentos, no bastaban para guardar todas las plazas conquistadas el año anterior; y en su consecuencia, repitió en ellas las horribles fechorías que había cometido cuando se vió obligado á renunciar á las conquistas hechas en Holanda y Flandes, con motivo de la otra coalicion europea; es decir que al retirarse, se vengó á manera de salvaje en los habitantes indefensos; solo que esta vez, en el Palatinado cebóse aun con mayor saña y crueldad y mas sistemáticamente que en Holanda. Con los años se habían aumentado la protervia innata y la crueldad de aquel hombre, que empleó su inagotable talento y elevadas dotes en merecer la execracion del género humano y en último resultado, aunque no lo creyera tal vez, en hacer daño á su propio país. Viendo que no podia conservar el Palatinado, resolvió arrasarlo y devastarlo afin de que los enemigos no pudiesen establecerse en él. Aquellas comarcas que los franceses habían ocupado en medio de la paz, sin declaracion previa de guerra, sin agravios que vengar y sin provocacion de parte de Alemania, fueron assoladas con inaudita sangre fría. Empezaron los franceses por saquear y arrasar las fortificaciones y murallas de diferentes ciudades en el Wurtemberg, y las poblaciones del Palatinado á orillas del Neckar: esto por vía de prólogo. Después, minaron el magnífico y grandioso castillo de Heidelberg, y le volaron; luego incendiaron la ciudad por varios puntos; y á no tener que salir de allí apresuradamente, la hubieran reducido toda á cenizas. En cambio arrasaron completamente todas las poblaciones entre Heidelberg y Mannheim incluso esta última ciudad de la cual no quedó piedra sobre piedra; y todo esto se hizo con calma, como quien desempeña una tarea á conciencia sin la menor muestra de compasion ni mas cuidado que el de dejar el trabajo bien hecho. Igual suerte tuvieron Oppenheim, Spira y Worms; las cenizas de los emperadores fueron sacadas de sus venerados sepulcros y esparcidas al viento; los caminos fueron destrozados para hacerlos intransitables y los puentes rotos. Los habitantes de los pueblos condenados por órden superior á desaparecer del país fueron arrojados desnudos y sin recursos al campo en medio de las heladas del invierno. Cruel había sido la soldadesca en la guerra de los Treinta años; pero cometían sus inauditas crueldades para robar, ó para vengarse; no las cometieron con la sangre fría de aquellos franceses, ni tan ordenada y sistemáticamente. ¿Puede extrañarse que los alemanes tuvieran grabados por muchos siglos en su memoria estos horrores y aprendieran á odiar mas á los franceses que á los turcos?

Consuela en cierta manera saber que estos actos de fero-

cidad no produjeron á la Francia ninguna utilidad, porque le faltaba lo principal: los ejércitos famosos de antes. En las obras de desviacion del rio Eure habían quedado aniquilados los mejores regimientos; no existía aquel ejército bizarro y disciplinado de diez años atrás; y las hordas incendiarias que arruinaron el Palatinado, y á las cuales sus oficiales embriagaron adrede para que trabajaran con mas ánimo en la obra de destruccion, aquella soldadesca á quien todo le era permitido, á pesar de su imponente número no era capaz de vencer ni rechazar á las huestes de la coalicion. Para impedir que éstas penetrasen en Francia, el gobierno de Versalles tuvo que resolverse á asolar sus propios distritos fronterizos y á prohibir que se sembraran los campos, porque las tropas de la coalicion iban avanzando sin cesar. Seis mil brandeburgueses entraron en el Brabante para defender el importante obispado de Lieja contra los ataques franceses. El feld-mariscal de Schoening atacó con 20,000 brandeburgueses apoyados por tropas holandesas, suecas y de Munster, á los franceses que ocupaban el electorado y obispado de Colonia y derrotó en 2 de marzo de 1689 cerca de Neuss al general francés Sourdis, obligándole á evacuar el país excepto algunas fortalezas que fueron también tomadas sucesivamente. Solamente Bonn se defendió valerosa y tenazmente con sus 8,000 hombres de guarnicion mandados por el conde de Asfeld. Tres meses defendieron éstos la plaza contra la cual vomitaban sus mortíferos é incendiarios proyectiles 300 cañones y 80 morteros, y solo cuando no quedaba mas que un monton de escombros capituló la guarnicion á mediados de octubre, contando solo 1,500 individuos que obtuvieron retirada libre.

El causante de estas desgracias, el traidor Furstenberg que había entregado á los franceses á Estrasburgo y el territorio de Colonia, una vez perdido este territorio, anduvo fugitivo y sin patria, porque su principado, objeto de la contienda, volvió á quedar en manos de alemanes.

No lejos de allí, en Flandes, alcanzaron los aliados otra gran victoria no menos decisiva é importante, porque el conde soberano de Waldek, que se había formado en la escuela del Gran elector de Brandeburgo, derrotó á la cabeza de un ejército anglo-holandés al mariscal Humières el dia 25 de agosto cerca de Valcourt, obligándole también á abandonar el territorio belga.

A principios del mes de julio los contingentes del imperio en número suficiente y bajo el mando del duque de Lorena y del príncipe elector de Baviera Maximiliano Manuel, se reunieron en la cuenca del Alto Rhin para expulsar á los franceses del Palatinado y proceder en seguida al sitio de Maguncia; pero la recuperacion de esta plaza, abandonada tan ligeramente en el otoño anterior á los franceses, costó mucho tiempo, grandes esfuerzos y rios de sangre, porque los franceses habían aumentado las obras de defensa, y guardado la plaza con 10,000 hombres de tropa escogida á las órdenes del heróico Huxelles, que finalmente despues de dos meses de encarnizada lucha, obtuvo libre retirada con todos los honores de la guerra.

Los laureos alcanzados por Asfeld y Huxelles no impidieron que los franceses, expulsados de los muchos territorios del imperio que habían invadido, se vieran ya amenazados en su propio país. Igualmente fueron derrotados en España, donde habían pensado sacar provecho del descontento de los catalanes. Luis XIV había enviado al duque de Noailles con un pequeño ejército á Cataluña, donde estaba preparada una sublevacion; pero no llegó á estallar; y como el duque no tenía que habérselas entonces con infelices é indefensos hugonotes, sino con españoles en armas, se entretuvo en operaciones de poca importancia, hasta que aproximán-